





OTRO ACCIDENTE  
EN ASTURIAS



Michael Featherstone

OTRO ACCIDENTE  
EN ASTURIAS



Primera edición: marzo de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Michael Featherstone

ISBN: 978-84-10253-18-6

ISBN digital: 978-84-10253-19-3

Depósito legal: M-7229-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## UNO

La playa de San Lorenzo medía mil quinientos cincuenta metros o poco menos de una milla para los incivilizados que nunca nos habíamos acostumbrado del todo al sistema métrico. Al bajar del barrio de Cimadevilla, sin duda el nombre de barrio más chulo y verídico que había oído en toda la vida, me tocaba caminar la distancia entera bien de mañana los días que abría la SkoolSurf en la avenida Rulfo García Rendueles de Gijón. Siempre caminaba por el paseo marítimo, comenzando entre las escaleras números uno y dos y dirigiéndome hacia el este, casi hasta la escalera catorce donde cruzaba la Rulfo García para llegar a la escuela. Las escaleras, del número cero al catorce, bajaban del paseo marítimo al arenal de la playa y los gijoneses no se citaban en esa parte de la ciudad con los nombres de las calles sino con los números de las escaleras. Todo era «Allí cerca de la doce a las doce» o «A la altura de la siete». De hecho, ni estaba seguro si las otras calles por allí tenían nombres.

Me hacía falta estar en la escuela a las ocho en punto para arrancar con los preparativos del día laborable porque si empezaba más tarde, se me jodía el día entre los gritos de los clientes y las burlas de los colegas asturianos. Y los asturianos tenían una habilidad singular e innata para la burla. Tardé toda una semana en aprender a defenderme contra el término *babayu* porque no lo entendía, pero cuando por fin devolví el disparo con *paꝑꝑatu*, la risotada que saqué de los demás me sirvió de entrada oficial al club exclusivo de los empleados de la SkoolSurf.

La caminata matutina me ofrecía una vista de los muchos edificios al este en silueta por la luz del sol que venía subiendo. Pero ese día, viernes el 15 de junio, lo que me llamó la atención fue un grupito de siluetas en la playa a la altura de la escalera once que parecían mirar algo en la arena justo donde llegaba el agua a esa hora de marea baja. Al alejarme, me di cuenta de una sirena de policía que llegaba a mis espaldas. Me dejó absolutamente sin cuidado ya que había sido la música de trasfondo de toda mi juventud en la ciudad de Nueva York. Seguí mi camino, llegando a la SkoolSurf justo a tiempo.

Los preparativos no eran tan difíciles, pero sí tomaban tiempo. Limpieza, organización y más limpieza eran las tres reglas. Ya tenía casi todo listo cuando se presentaron los otros dos colegas del turno a las ocho y cuarenta y cinco. A las nueve abrimos las puertas y la diversión comenzó. Era un día soleado con muy poco viento, así que además de las clases normales de verano, fuimos inundados por una cantidad de gente que normalmente trabajaba los viernes, unos turistas y un montón de visitantes estudiantiles de Oviedo. El chiste de la escuela era que siempre se podía identificar a los de Oviedo que venían a probar el surf por primera vez porque se ponían el neopreno al revés. Yo jamás había mencionado que a mí me había pasado lo mismo la primera vez que me habían entregado un neopreno.

## DOS

La rivalidad entre los de Gijón y los de Oviedo, a pesar de no llegar por mucho al nivel de la que existía entre Boston y Nueva York en términos beisbolísticos, era una de las mil y una cosas que yo ignoraba el día que me había bajado del tren en la estación de ferrocarril Gijón-Sanz Crespo hacía más o menos un año. Había aguantado un trayecto de casi doce horas de San Sebastián a Zaragoza, de Zaragoza a Madrid y de Madrid a Gijón a través de Oviedo. Había pasado tanto tiempo en tantos trenes en un solo viaje que Renfe estaba al punto de ofrecerme un empleo. El chofer del único taxi que había en la estación de trenes de Gijón me llevó al Hotel Asturias en la plaza Mayor de la ciudad porque le había mencionado que quería ver la playa de San Lorenzo. Y también porque su hermano trabajaba allí de gerente nocturno. Así que cuando amanecí el próximo día, lo primero que vi fue una vista impresionante del paseo marítimo por la ventana de la habitación más barata del hotel.

Hacía mucho sol esa primera mañana mía en Gijón y me aproveché para caminar por toda la playa. Como era domingo, ya se estaba llenando de gente ávida de asar la piel. Subí por la escalera catorce y vi por primera vez la SkoolSurf al otro lado de la calle. Me habría gustado alquilar una tabla para probar las olas, pero estaba muerto de hambre. Volví a la plaza Mayor donde encontré un lugar a desayunar al otro lado de la plaza del hotel que se llamaba La Botica Indiana. Me senté entre los soportales de la plaza a una mesa de madera justo lo bastante estable para no

desplomarse. Pedí una tostada con mantequilla y un café con nata, todo seguido por otra ronda de lo mismo. Nunca había estado en ese lugar antes y de hecho los días que había pasado en Asturias se podían contar en media mano. Pero en ese momento me empecé a sentir muy a gusto en Gijón. Y yo que había venido de otra ciudad encantadora, San Sebastián.

Las circunstancias de mi salida, por no decir huida, de San Sebastián tenían que ver con la supuesta sed de venganza de una familia de mucho cuidado que insistía en culparme a mí por las consecuencias de unos actos extralegales de sus dos hijos. Yo era el blanco de esa sed por mi papel en la resolución de un homicidio en el cual uno de los dos hijos estaba involucrado. La fiscalía local se había encargado del caso y había metido preso a los dos a base de unas informaciones que yo había proveído en mi capacidad de detective inepto pero suertudo, contratado por los padres ingleses de la víctima. La aventura había sido el inicio, la culminación y el final de una carrera que me había ganado más contusiones que euros. Me había largado de San Sebastián con la intención de perderme en Madrid, pero había cambiado de idea en el camino y estaba ya en Gijón. Y me estaba gustando.

Yo había dedicado el resto de ese primer día a explorar la ciudad un poco. Subí al parque del cerro de Santa Catalina, paseé por el barrio debajo del cerro, visité los muelles del puerto al lado del famosísimo árbol de botellas de sidra y hasta llegué al parque El Rinconín más allá de la playa de San Lorenzo. También pasé por la plaza San Miguel, que tenía el mismo nivel de encanto que las sucursales bancarias que la rodeaban. Sin embargo, fue el primer lugar donde vi a un camarero servir un vaso de sidra, un culín de sidra en la jerga local. El tío había inclinado la botella con la mano derecha desde muy arriba de la cabeza para que la sidra cayera en un chorro al vaso que sostenía con la otra mano justo abajo de la cintura sin que se le hubiera escapado ni una sola gota. Fue el acto de servicio tabernero más espectacular que había visto jamás y yo había dedicado muchísimo tiempo a la visita de tabernas.

Solo después aprendí que había tenido mi primer contacto con el escanciado de la sidra natural del principado.

Después de tanto caminar y hacerme el guiri, ya me asaltaba otra hambre feroz, de forma que volví a la plaza Mayor para buscar dónde almorzar. Me topé con el restaurante Casa Fernando donde pedí una fabada que acabó con mi hambre y cualquier deseo de seguir caminando. Después de la segunda cerveza Estrella de Gijón, o me dormía allí mismo como vagabundo o volvía al hotel como gente normal. Decidí en contra de mi naturaleza y me dirigí al hotel. Una vez allí, se desvaneció cualquier posibilidad de mantenerme despierto. Me dormí como vagabundo completamente vestido encima de la cama hasta el próximo día. Cuando me desperté por la mañana otra decisión ya se había tomado. Me quedaba. Tendría que ocuparme de algunos detalles sin importancia como dónde vivir y cómo ganarme el pan, pero era un lunes temprano por la mañana. Seguro que no había nada de qué preocuparme.



## TRES

Durante mi segundo desayuno en La Botica Indiana, consulté el móvil para ver cuántas escuelas de idiomas había en la ciudad y dónde se encontraban. Resultó que había una cerca de la plaza San Miguel que se llamaba Lawton Idiomas en la calle Cura Sama Siete. El entusiasmo de la persona que contestó el teléfono me sorprendió, pero no tanto como la invitación que me extendieron a entrevistarme con ellos cuanto antes. Pasé por la puerta al mediodía y salí a la una y media con una oferta de dar una clase el próximo día a las cinco. Me iban a observar a confirmar que podía dirigir una clase y si lo hiciera bien, me darían una oferta de trabajo de verdad. Al salir de la escuela, noté que la recepcionista era relativamente joven así que le pregunté en qué barrio debía buscar un piso.

—¿Quieres un barrio de ambiente y actividad nocturna o prefieres algo más tranquilo?

—Bueno, vengo de San Sebastián, así que la primera opción.

—Cimadevilla. Ni pienses en otro barrio.

—Vale. Muchas gracias.

—Allí nos vemos.

Me sonrió y volvió a contestar el teléfono. Yo me largué preguntándome dónde rayos estaba ese tal Cimadevilla.

No tardé mucho en informarme y después de consultar con el oráculo portátil otra vez, arreglé una cita para ver un par de pisos en Cimadevilla que, por suerte, era el barrio por el cual había pasado el día anterior. Empezaba justo al lado de la plaza Mayor

y se extendía cuesta arriba hacia el cerro de Santa Catalina. A las cinco y media ya tenía un acuerdo para alquilar una casita cerca de la plaza de la Soledad junto al Callejón de las Fieras donde este se encontraba con la calle Rodríguez Álvarez. Según el dueño se llamaba la Casita de las Fieras. Era un lugar bien chulo de un piso con dos cuartos, un techo sesgado y rejas sobre la ventana que daba a la calle. La oferta que me hizo el dueño me parecía absurdamente baja así que la acepté antes de que él pudiera cambiar de idea. Me enteré después de que había tenido problemas para alquilar el lugar debido a que alguien se había muerto en la casa hacía poco. Todo el mundo lo sabía y los recelos abundaban. Pero como en mi experiencia habría sido difícil encontrar un edificio en Nueva York donde nadie se hubiera muerto, a mí no me molestaba en lo más mínimo.

La próxima mañana volví cerca de la escalera catorce donde me había fijado en la SkoolSurf el día anterior. Como todo hasta el momento me había salido redondo, me parecía el momento perfecto para probar las olas de San Lorenzo. Entré en la escuela para encontrar que no había más tablas de nueve pies porque todas ya se habían alquilado. De hecho, ni siquiera las había de ocho pies de forma que me fui a la escalera siete, como me había recomendado el tío de la escuela después de escuchar una descripción de mis habilidades, con una tabla de superficie blanda de siete pies de largura. La marea estaba subiendo, pero todavía estábamos a dos horas de la pleamar. Las condiciones no eran muy buenas, pero mis ganas de meterme al agua eran más fuertes que mi poco sentido común.

Lo que siguió fue un ejercicio de humildad extrema, por no decir humillación. No era la primera vez que había intentado montarme en una tabla tan corta, pero solamente tardé treinta segundos en recordar por qué hacía años que no lo había hecho. Me deslizaba demasiado para atrás cuando no lo hacía demasiado para adelante, no podía mantenerme sentado en la tabla para esperar una ola y no podía impedir que la puta tabla se meciera de lado a lado las pocas



veces que lograba ponerme las nalgas en el sitio correcto. A eso había que agregar que los intervalos entre las olas eran tan cortos que aun con una tabla más larga habría sido un desafío para mí coger cualquiera de ellas. La combinación de las condiciones del mar con mi falta de juicio me borró las ganas de estar en el agua después de cuarenta y cinco minutos. Cuando llegué a la escuela de nuevo, el tío me miró.

—Oye, todavía te queda más de media hora.

—Gracias, pero ya he tragado mi cuota de agua salada del día.

En ese momento vi que había un letrero escrito a mano en la pared anunciando que la escuela buscaba empleados.

—Oye, perdón, pero ¿qué tipo de empleados estáis buscando aquí?

El tío se encogió de hombros.

—No sé, alguien para trabajar en el correcorre diario.

—Y no para ser instructor, ¿verdad?

—No, ya tenemos bastantes instructores.

—¿Y con quién hablo sobre la posición?

—Conmigo. Soy Manuel Ruiz, el dueño.

—Soy Michael Llewellyn.

Le ofrecí la mano y me la estrechó.

—Vale. Entonces, Michael, cuéntame, ¿tienes experiencia en este tipo de negocio?

—Bueno, de San Sebastián vengo...

—Ah, sí, tienes acento vasco.

Eso me chocó.

—¿Acento vasco? Allí en San Sebastián me decían que tenía acento madrileño.

—¿De veras? Hombre, yo diría que por tu forma de hablar pareces más vasco que el queso de Idiazábal.

—Bueno por lo menos parezco ser del norte del país en vez de Madrid. Pero, a lo que iba. Trabajé por muchos años en la Pukas Surf Eskola.

—¿En la Zurríola Hiribidea?

—¿La conoces?

—Hombre, claro, es un nombre bastante conocido entre los que estamos en este negocio de escuelas de surf.

Charlamos un poco más y así fue que el día después de mi llegada a Gijón salí de la SkoolSurf con un aprendizaje que empezaba el próximo día a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana. Coño, ¡qué maravilla de ciudad!

## CUATRO

Las maravillas de mis primeros días en Gijón habían disminuido con el paso del tiempo, pero trabajando en la SkoolSurf y también en Lawton Idiomas me permitía pagar el alquiler de la Casita de las Fieras sin problema. De hecho, ya me había ganado la reputación, igual que en San Sebastián, de ser el experto local de palabrotas americanas. El nivel de la demanda de esa pericia, sobre todo en cuanto al empleo de las muchas variaciones de la palabra *fuck*, me había sorprendido. Los asturianos no se rezagaban para nada en comparación con los vascos en ese aspecto académico.

Y fue justo para dar una clase de esa materia que me marché de la SkoolSurf ese 15 de junio a las cuatro y media de la tarde, después de echarles una mano a los colegas del turno de la tarde. Era una clase que se daba los viernes después de la hora del almuerzo, una idea que se le había ocurrido a algún genio de la gerencia de Lawton. Siempre faltaba la mitad de los estudiantes porque era viernes, pero me seguían pagando así que no me quejaba. En el camino compré una copia de *El Comercio*, uno de los periódicos más antiguos de Gijón. Me saludó el dueño del Kiosko de Fernando con su cariño habitual.

—Buenas, *foriatu*, ¿cómo te va?

Ya había aprendido que la palabra *foriatu* era el término para extranjero en el idioma local y sin duda un mejor apodo que *babayu*.

—Fernando, ¿cómo está todo? ¿Qué noticias hay hoy?

—Hombre, ¿no te has enterado del cuerpo que se ha encontrado en la playa esta mañana? Hasta sacaron el periódico tarde para

incluir la noticia. Los detalles están en primera plana en blanco y negro.

Eché un vistazo y la foto era de la parte de la playa cerca de la escalera once donde yo había visto al grupo de personas mirando la arena esa mañana. El titular era de volumen alto con mayúsculas bien gordas:

«RESTOS HUMANOS EN LA SAN LORENZO»

El artículo describía como un grupo de amigos dando su paseo matutino normal por la playa se había topado con un cadáver semifresco que el mar había decidido devolver a la tierra. Entre los detalles más espeluznantes se incluía que una porción del cuerpo había sido devorada por seres marinos sobre cuya identidad el periódico no quería especular. Bastaba decir que tales seres marinos tenían dientes eficientes, pero aún le quedaba un ojo al cadáver. No había gran cosa ni sobre cómo ni por qué el cuerpo había llegado a su destino final, solo una descripción de su ropa, o lo que quedaba de ella, que era de quien había salido a correr unos kilómetros. Y también el nombre y edad del muerto, Enol Zapico Bardasco de veintiocho años. Le tiré una monedita a Fernando y me despedí.

—Ni un segundo de aburrimiento en este principado, ¿eh, Fernando? Nos vemos.

—*Ta llaen*, Miguel.

Doblé el periódico, lo metí en la mochila y seguí mi camino, llegando con tiempo de sobra para la clase. No me sorprendió que de los quince estudiantes, solamente aparecieron cinco, pero así pude dar más instrucción individual sobre los aspectos de pronunciación y entrega de las palabras más feas de la jerga neoyorquina. Todos nos largamos a las seis y media en punto, satisfechos con un trabajo bien hecho.

En camino a casa, saqué el periódico de la mochila para ver si podía chupar más información morbosa sobre lo que iba a ser el tema de la noche en todo establecimiento nocturno de la ciudad.

Pero además del nombre de la víctima y su condición lamentable y horripilante, no había más de valor. Estando ya en la bocacalle de la calle Cabrales con la Escultor Sebastián Miranda, me tocaba decidir si doblaba en la Calle de las Cruces para volver a casa o si subía a la María Bandujo para arrancar con el fin de semana en el mejor chigre de Cimadevilla en la plaza Periodista Arturo Arias. Como no tenía ninguna obligación hasta el domingo, la decisión fue fácil y en un dos por tres estaba en la entrada del chigre El Lavaderu.

El Lavaderu era el lugar donde había seguido con mi educación sobre las costumbres asturianas mi primera semana en Gijón. Allí había aprendido que un chigre era un lugar donde se servía la sidra. La palabra también podía referirse al descorchador de una botella de sidra que cualquier chigre digno del nombre tenía montado o en la pared o en la barra. Los chigres modernos servían otras bebidas además de la sidra, pero la sidra seguía siendo la bebida de preferencia de muchos gijoneses.

En El Lavaderu también había aprendido sobre la importancia de la sidra en la cultura asturiana y lo fácil que era violar las reglas más básicas de ese aspecto cultural. Después del espectáculo del escanciado de la sidra, el vaso, hecho específicamente para contener el líquido que por leyenda popular componía el cincuenta por ciento de la sangre asturiana, se compartía entre toda la pandilla pasando de mano a mano cada vez que el contenido completo del vaso, conocido como el culín, se tragaba. El culín se tomaba de un solo trago, no a traguitos, para disfrutar al máximo del efecto de las burbujas producidas por el escanciado, del cuerpo de la sidra y de su sabor. Y no se permitía terminar todo el culín. Había que dejar la última partecita al fondo del vaso, para tirarla con la intención de limpiar el borde del vaso donde los labios del que acababa de beber habían descansado. Luego el vaso seguía su viaje por el grupo, con cada participante cumpliendo con cada aspecto del rito. Lo único que faltaba era la señal de la cruz.

Todo eso lo había aprendido a duras penas el día que me había instalado en Cimadevilla. Andaba por el barrio para familiarizarme

con las calles y me dio una sed justo en la calle María Bandujo. Vi la plaza Periodista Arturo Arias, decidí que ya era hora de probar la bebida asturiana por excelencia y tomé asiento en la terraza con la intención de consagrarme al sacramento local de la sidra. Desafortunadamente, lo único que hice fue pecar.

No tenía forma de saber que había empezado mal simplemente por llegar solo. El camarero se me acercó y cuando le pedí una sidra, me miró como para preguntarme dónde estaban los otros. La mirada fue seguida por la pregunta en voz alta y me vi obligado a responder que no había otros, que acababa de llegar a la ciudad y no conocía a ningún grupo de «otros» todavía. Esa respuesta no le sacó ninguna reacción al camarero, pero era obvio que el primer pecado mío era violar el precepto de que la sidra era sobre todo una bebida social.

Luego, la cara de horror que puso el tío cuando probé la sidra y repuse el vaso en la mesa sin vaciarlo era el segundo indicio de mi condición de pecador irredimible. El tío no pudo contenerse y me habló.

—Oye, no sé cómo se toma la sidra allá en el País Vasco...

—Perdón, ¿dónde?

—En el País Vasco. Tú eres vasco, ¿no?

—¿Y por qué crees que soy vasco?

—Bueno, por el acento, claro, pero lo que digo es que aquí en Asturias la sidra se toma de un solo trago, no poco a poco. Es la única forma de tomarla para de veras apreciar la calidad de la bebida.

Tomé el vaso en la mano, lo vacié de un solo tragote y lo devolví a la mesa, dirigiéndole al camarero una mirada de «¿Ahora estás satisfecho?». Pero no, no estaba satisfecho, estaba aún más horrorizado y me di cuenta de que yo no había hecho otra cosa que seguir pavimentándome el camino al infierno cuando me dirigió la palabra de nuevo.

—Otra vez, no sé muy bien lo que se estila allá en Vascongadas, pero aquí...

—¿En Asturias?

—Sí, en Asturias.

—¿Ves lo rápido que aprendo?

Me miró con un poco de menosprecio antes de seguir.

—Aquí en Asturias no se bebe la última parte del culín. Se tira.

—¿Qué es un culín y dónde se tira su última parte?

—El culín es el contenido del vaso...

—¿O sea que la sidra?

—Sí y se tira en ese recipiente que está en la mesa.

E indicó con el dedo donde estaba tal recipiente como si no estuviera seguro de la existencia de mesas en el País Vasco.

—Bueno, te agradezco mucho la información sobre las costumbres sidranianas aquí en Asturias, pero déjame ver si las entiendo.

Y le recité más o menos lo que me acababa de corregir.

—¿Esas son todas las reglas?

—No son todas, pero son un buen comienzo.

—Vale, me alegró, pero te voy a pedir algo más.

—¿Qué?

—Que me traigas una caña, que eso sí lo sé tomar.

